



Guerras Internas El caso wayuu

Michel Perrin¹

En más de doscientos cincuenta dichos y refranes de la oniromancia wayuu recogidos por el autor, una quinta parte de éstos conciernen a conflictos, especialmente guerras privadas: los *kasaichiki*, es decir, las violencias entre los linajes o los clanes. Los wayuu parecen estar obsesionados por tales problemas. El hecho es que los conflictos estallan frecuentemente, a veces sangrientos y a menudo terminan con la muerte de uno o más de los antagonistas.

Sin embargo, al decir de muchos indios, hay una manera estricta de arreglar esos conflictos y de evitar así verdaderas guerras internas. Es la famosa "ley wayuu", la *sūkuaitpa wayuu*. Pero entre este ideal y el desarrollo real de estas guerras, parece haber una fosa enorme. ¿Por qué?

Un examen atento de la historia reciente y de la organización social, política y económica de la sociedad wayuu, el censo de tales eventos y la manera en que éstos se arreglan teóricamente nos permite proponer respuestas a esta interrogante: detrás de estas violencias interclánicas, aparentemente de origen espontáneo o pasional, se esconden a menudo maniobras de carácter indirecto para afirmarse dentro de un orden social fundado sobre la jerarquía, la competencia, y tal vez también para intentar adaptarse a los cambios económicos que vinieron ocurriendo en la sociedad wayuu hasta ahora y desde que se introdujo en ella la ganadería, el comercio y el contrabando.

La sociedad wayuu: un breve resumen

Los Wayuu se distribuyen en aproximadamente treinta "clanes" matrilineales (o mejor dicho, matrísibs llamados *eiruku*, término que también

¹ Este artículo se basa en los resultados de observaciones del autor en la comunidad wayuu entre 1969 y 1985 y también en los casos relatados por A.J. López Epleyuu en su obra *Los dolores de una raza*. En este libro de gran interés, este hombre del clan Epleyuu narra la historia de su familia entre los años 1920 y 1930. Aunque algunos episodios son manifiestamente novelescos, se trata de un testimonio excepcional que describe las dificultades que experimenta un "cacique" (*alaūla*) abierto a las ideas occidentales y cristianas, lo que le conducirá además a su pérdida y a la de todo su grupo, aniquilado por otros cuyos *alaūla* eran todavía "paganos" y muy realistas!

designa la carne). Cada uno lleva un apellido, o “nombre de carne”, y está asociado a un animal totémico. Hoy en día, estos clanes ya no son sino referencias casi simbólicas.

La filiación matrilineal define al grupo principal de parentesco, llamado *apushi*, pero tiene también importancia el grupo formado por el padre y los parientes uterinos próximos de éste, llamado *oupayu* (Goulet 1977, 1978; Saler 1988). Pero actualmente los de un mismo matrisib no se reconocen forzosamente como *apushi*.

La sociedad wayuu es segmentaria. Hoy en día las unidades que funcionan en su seno son matrilineajes pequeños. Sus miembros están unidos por lazos de parentesco matrilineal a un ancestro común y comparten un mismo “cementerio” donde reúnen los restos de sus muertos durante el segundo entierro. Este matrilineaje se define también en relación a una figura masculina dominante: el *alañla*, término que significa “tío materno”, “viejo” y, por extensión, “jefe” (“cacique”) y “sabio”. El *alañla* es el guardián de la buena conducta o manera guajiro de comportarse: la *sũkuaitpa wayuu*, la costumbre. El grupo al cual éste le da su coherencia política es una unidad económica en el sentido en que todos sus miembros contribuyen a los gastos del segundo entierro, a la cuota pedida para compensar una muerte causada fuera del linaje por uno de sus miembros, etc. Éste es, además, una unidad política y militar: los hombres deben participar en las guerras internas.

La sociedad wayuu está jerarquizada. Algunos matrilineajes son pobres y de tamaño reducido -varias decenas de personas-, mientras que otros tienen una gran cantidad de miembros -al parecer casi medio millar- y acumulan importantes riquezas. El volumen de los rebaños, junto con la posesión de ciertas joyas, y hoy en día de camiones y de dinero, son las señales más grandes de prestigio. La pertenencia al linaje determina ante todo la posición social, y nadie puede enriquecerse realmente si no pertenece a un linaje rico y de grandes dimensiones. El entierro es la ocasión para mostrar el *status* social: el número de invitados, la cantidad y la calidad de la comida y de las bebidas que se ofrecen y de los animales que se distribuyen al final de la ceremonia, su duración, son las muestras evidentes de dicho estatuto (Perrin, 1976). El “precio de la novia” de “buen linaje” puede ser muy alto, y el de una mujer de linaje pobre casi simbólico. Los intercambios matrimoniales se suelen hacer, pues, dentro de circuitos limitados.

Los conflictos entre linajes y su resolución teórica

La agresividad de los Wayuu es legendaria. Los esfuerzos que hicieron los españoles durante siglos para controlarlos mediante la fuerza militar fueron casi inútiles. Parece que cuando tuvieron un enemigo exterior, los Wayuu siempre se reunieron para combatirlo, olvidando por un momento sus conflictos internos (*purchi*, *kasaichikt*), sus guerras (*atkawaa*).

En la sociedad wayuu, todo conflicto mal resuelto es fuente de rencor y hostilidad y se convierte en el germen de conflictos ulteriores. En muchos casos, las partes involucradas son "enemigas" desde mucho tiempo atrás y nuevos conflictos se desarrollan periódicamente entre ellos. Existen enemistades (*kaññūwaa*, de *aññūi*, "enemigo") proverbiales entre ciertos matrilineajes. Ellos se consideran casi en estado de guerra permanente.

Además, al morir un *alañña*, un "cacique", uno de los hijos de su hermana mayor hereda teóricamente su función, pero suelen producirse conflictos y se llegan a dar escisiones o, en el peor de los casos, estallar conflictos armados, "guerras". Por lo demás, la posición de un *alañña* puede ser decisiva. En principio, él está ahí para evitar que un conflicto degenera. En realidad esto se produce a menudo, pero si sus intereses o los de sus parientes cercanos se ven afectados, él puede hacer un llamado a la venganza generalizada para enriquecerse, aumentar su poder o "vengar su honor". Las causas de unos conflictos pueden ser también puramente aleatorias...

En la vida cotidiana, las riñas entre cuñados y el asesinato de uno de ellos son corrientes, una violencia que viene de razones estructurales -el cuñado pertenece generalmente a un linaje diferente-, pero que es también estimulada por factores más triviales: las numerosas ocasiones que hay de encontrarse reunidos en el transcurso de libaciones². Entonces, las causas de los conflictos son varias, pero generalmente reflejan las estructuras políticas y económicas wayuu.

A partir del momento en que una herida grave o un asesinato son cometidos, es corriente que el responsable escape para esconderse en los matorrales o las montañas antes de irse a vivir a otra parte, a casa de parientes lejanos, hasta que el conflicto sea resuelto. Eso le permite evitar la venganza inmediata del grupo de la víctima. Hoy en día se pueden exiliar definitivamente en las zonas urbanizadas de las grandes ciudades más cercanas. Son los testigos del hecho quienes van a avisar a los linajes involucrados a fin de que ellos preparen la repuesta o contra-ataque.

Teóricamente, existe siempre una manera de llegar a un arreglo pacífico. Los grandes principios de este tipo de arreglo son los siguientes: toda persona que haya sufrido un daño corporal o material es una víctima, un *asirñ*. Este daño crea un problema que será resuelto mediante el pago de una compensación (*mañña*). Según las circunstancias, esta compensación se compone de ganado, joyas y, hoy en día, de dinero.

En caso de conflictos menores, sin heridas graves o muertos, los parientes cercanos de la víctima y del agresor manejan ellos mismos el caso.

² El alcohol sirve entonces de catalizador: una simple reflexión irónica, un insulto, ayudados por el alcohol, pueden llevar a una riña. Por ejemplo, durante un entierro, después de unos días de libaciones, los hombres comienzan a enfrentarse en concursos de tiro sobre objetos que sirven de blanco, se desafían, se insultan o pelean. Por suerte las mujeres impiden que estos actos degeneren y hagan pelear a hombres que no tienen ninguna razón para hacerlo, pero no intervienen si no es el caso.

En casos graves, los parientes de la víctima negocian con los parientes del agresor a través de un “palabrero” (*purchipu*) para evitar la venganza sangrienta³. Como representante de otro linaje, en principio neutral, va y viene entre ambas partes para transmitir recados de un grupo a otro, dejándoles, idealmente, la decisión en cuanto a las estrategias a seguir. Sin embargo, se comporta muchas veces como mediador, proponiendo una compensación que incluye ganado, alhajas y dinero que el linaje del “culpable” reunirá para entregarlos al de la “víctima”. Los arreglos raramente son inmediatos. El linaje ofendido hace sentir al otro que él podría entrar en guerra, que no retrocede frente a esta eventualidad. Las discusiones sobre la compensación son muy ásperas, se trata a veces de un verdadero mercadeo o regateo que puede llegar a la ruptura, o sea a la guerra. Cuando el monto de la compensación se decide, el *purchipu* (llamado ahora *maūnai*: “el de la indemnización”) entrega rápidamente una parte. Le seguirán otros pagos. Los miembros de cada uno de los dos grupos se evitan hasta que el conflicto no esté enteramente arreglado.

¿La ley del más fuerte?...

Pero al referirse a los recuentos de conflictos relatados al autor o que fueron expuestos en la literatura etnográfica, frecuentes son los que no han sido resueltos conforme a esta justicia normativa, esta “ley wayuu” (*sūkuaitpa wayuu*). La historia wayuu muestra que, cuando los grupos en conflicto son desiguales, el más fuerte puede rechazar toda mediación, apoderarse de los bienes del más débil, y capturar a algunos de sus miembros para “esclavizarlos” (Perrin 1980b, Perrin y Uliyyu Machado 1985, Saler 1988). Vamos a examinar cuatro ejemplos tocantes a conflictos entre miembros de linajes diferentes que se terminaron por un conflicto armado, una guerra⁴.

A.J. López Epieyyu (1957: 99-114) cuenta un drama que estalló en los años 1920 entre dos miembros de linajes rivales después de una competencia tradicional -una “carrera de caballo”, *awachira ama-* seguida por una pérdida de prestigio, una herida de amor propio por el hombre que perdió la carrera.

El perdedor mata al sobrino uterino del organizador de la carrera y huye enseguida. Hay una tentativa seria y prolongada de arreglo pacífico, según las normas, de parte de los *alaūla* del linaje del agresor y del de la víctima. Pero los que rodean a este último linaje lo empujan a la venganza al exigirle la ley del talión, es decir, indirectamente la guerra, puesto que ellos saben muy bien que un

³ Existen casos en que es el grupo del agresor quien primero manda a un *purchipu* con intenciones de buena voluntad y ofertas de compensación para evitar actos de venganza inmediata que degeneren en guerra privada (*kasaichikŋ*).

⁴ Cada caso está descrito con todos los detalles en Perrin 1980b y Perrin y Uliyyu Machado 1985.

linaje raramente acepta matar a uno de sus miembros⁵. Como ninguna fuerza de coercición permite al “palabrero” (*purchipu*) hacer admitir su punto de vista, la guerra es inevitable, la “manera wayuu” inaplicable. El grupo de la víctima acepta la ayuda de otro matrilineaje después de haber recibido la garantía de que en caso de muerte o herida de algunos de sus miembros las indemnizaciones a pagar no serán demasiado fuertes. Se consulta a un adivino. El grupo de la víctima saca sus amuletos especiales (*lanita*) (ver Perrin 1992). De cada lado son más de una centena los que se enfrentan, y el combate dura varios días. Del lado de la víctima, hay cuarenta muertos, y del lado del agresor, ochenta y cinco. El linaje de la víctima captura a mujeres, niños y jóvenes y roba todo su ganado. Los cautivos son repartidos entre las familias de los dos linajes aliados en el combate.

En este caso, hay que observar que la pasión vengativa del grupo de la víctima puede ser sólo una pantalla detrás de la cual hay un cálculo cínico pero “tradicional”: siendo más poderoso militarmente el linaje cuyos miembros rehúsan la compensación, este linaje obtendrá con la guerra grandes ventajas económicas y políticas. Además, este ejemplo muestra que si un conflicto no se soluciona rápidamente, interviene un número cada vez mayor de personas implicadas y las violencias pueden extenderse. Pero, como lo subrayó B. Saler (1988: 120), “las partes involucradas más astutas están conscientes de esto y lo toman en cuenta en el momento de tomar decisiones sobre la estrategia y táctica que han de seguir”.

Pero hay ejemplos que muestran que, después de un conflicto entre dos individuos, dos grupos pueden ser empujados, a pesar de ellos, a una guerra que no presenta interés para ninguno de los dos (Perrin, 1980: 177-178).

Un día, un insulto provocó una pelea entre dos hombres de diferentes clanes. Uno de ellos fue herido y, con su hermano exigieron una compensación. Pero recibieron menos de lo que habían pedido. Entonces, de rabia, robaron unas vacas. Fue así como comenzó la guerra. Murieron cinco personas y desde entonces los dos clanes siguen siendo enemigos.

Aquí la víctima de la reacción vengativa procura resolver el conflicto sin llamar a un “palabrero”. No se explica la razón, pero podemos suponer que juzgaba el caso muy insignificante o muy personal. Pero, frustrada por su fracaso, se deja llevar a una nueva reacción vengativa, la cual conlleva esta vez una serie de venganzas y un estado de guerra. Nadie gana, pero ya es muy

⁵ Pero puede ocurrir. A. J. López Epleyuu (1957) expone el caso límite de un individuo que creó tantos problemas a su grupo, asesinando a varios hombres, que éste rehúsa apoyarlo más y acepta su eliminación.

tarde par llamar a un *purchipu*, un palabrero, un mediador. Toda ocasión hará rebotar el conflicto, tal como el encuentro entre dos miembros de los grupos rivales. En este caso hubiera sido preferible negociar. Pero los protagonistas no evaluaron friamente la situación, no ponderaron bien sus fuerzas ni las de sus enemigos -muy comparables. Eligieron un tipo de acción incompatible con el equilibrio de los respectivos recursos humanos y armas y por lo incierto del desenlace. De este modo una disputa no resuelta puede llegar a ser el trasfondo histórico que justifica una cadena de conflictos ulteriores que pueden prolongarse durante años sin resolverse según la "ley wayuu".

Por el contrario, en el caso siguiente un conflicto ocasional es un buen pretexto para aniquilar y explotar a un adversario más débil. La historia se desarrolló cerca de 1920, pocos años después del principio de la explotación de los yacimientos de petróleo en la región del Lago de Maracaibo en Venezuela, cerca del territorio wayuu. Fue una época en la que, debido a una gran necesidad de mano de obra, las *razzias* y el desarrollo de una especie de esclavitud comercial golpearon a la sociedad wayuu, proceso que se prolongó cuando se instalaron los cultivos extensivos de plátanos en el sur del mismo lago.

Durante un baile tradicional (*yonna*) un hombre de un linaje aislado mata a un hombre de un grupo muy poderoso, numeroso y recientemente armado con fusiles modernos, el cual rehusa toda compensación y le hace saber al grupo del agresor que es inútil enviar a un palabrero. Más tarde, hace caer en una trampa a este último, mata a seis adversarios y hace prisioneros a todos los demás. Se llevan todos los rebaños y los cautivos son transportados en barco a Maracaibo y vendidos a unos blancos (1.000 bolívares por cada adulto masculino; 500 bolívares por cada mujer o niño...) (López Epieyuu 1957: 51-59).

Es cierto que los actos aquí cometidos fueran estimulados por el mercado de mano de obra abierto por los blancos, pero sólo en parte. Es más esclarecedor pensar que descubren ciertas tendencias profundas, pero inconfesables, del desarrollo de las guerras entre matrilineajes. Las narraciones de hechos comparables abundan, a veces menos espectaculares, pero internos a la sociedad wayuu: linajes pobres o poco numerosos han sido diezmados por linajes más poderosos después de conflictos a veces muy benignos. Aquí no se respeta ninguna norma, como si ésta sólo pudiera ser aplicada cuando los grupos en presencia tienen fuerzas o status comparables. Todo conflicto ocasional es un buen pretexto para aniquilar y explotar a un adversario más débil. El ejemplo siguiente, más actual, lo confirma:

En diciembre de 1975, luego de una disputa en un expendio de bebidas, un joven de un linaje escaso en hombres mata a balazo un joven de un linaje fuerte. El linaje de la víctima hace saber a quien lo quiera oír que rehusará toda compensación. Sus miembros varones no matan a ningún miembro del linaje del agresor pues temen, según dicen, que la policía o el ejército venezolanos, ubicados cerca de ahí, interviniesen a favor de sus adversarios. Pero, armados hasta los dientes, se contentan con sembrar el terror por todo su territorio entre aquéllos que no han huído, los desvalijan, hasta que todos emigran a Maracaibo y sus rebaños y otros bienes son sistemáticamente recuperados por sus agresores (Perrin, 1980: 179-180).

Aquí tampoco ha funcionado la *sũkuaitpa wayuu*, la “ley wayuu” que debería evitar este tipo particular de guerra. El que contó esta historia, miembro del linaje perseguido, afirmó que el conflicto había sido premeditado. Según él, el joven víctima del atentado había sido enviado como provocador por los miembros de un linaje que quería la ruina del suyo a causa de viejas enemistades. Premeditada o no, la ocasión era buena para este último, a fin de poder saciar con buena conciencia sus extorsiones económicas cometidas en nombre de la venganza “legal”.

Realidad, ideología e historia

Esos ejemplos demuestran que hay entonces divergencias importantes en el arreglo de conflictos entre la solución pacífica ideal prevista por la “ley wayuu”, la *sũkuaitpa wayuu*, y la realidad de los hechos. En lugar de una compensación de tipo *wergeld* prevista por esta norma, y presentada siempre como posible, las relaciones de fuerzas económicas y “militares” entre los grupos en presencia juegan un papel esencial en la solución de los conflictos. Un homicida puede entonces provocar la guerra.

Todo sucede como si la “ley wayuu” funcionara como una ideología y consistiera en un conjunto de doctrinas e interpretaciones ilusorias que tendrían como efecto ocultar el funcionamiento real en situaciones concretas.

Aquí podemos intentar emitir una hipótesis sobre la evolución de las maneras de tratar los conflictos y la violencia entre los Wayuu. Antes de convertirse en ganaderos, formaban probablemente una sociedad de cazadores y pequeños horticultores. Si unos mitos pudiesen servir de prueba, podríamos suponer que los conflictos se resolvían entonces según un sistema vengativo donde predominaba la ley del talión (Perrin, 1980: 181). Como no existía ningún bien material acumulable, no se podía exigir ninguna compensación.

Con la adopción de la ganadería se formó una jerarquización social que distinguía a los que tenían rebaños de aquéllos que no los tenían y a los que

tenían pocos de los que poseían muchos. Las venganzas empezaron a acompañarse de exacciones de ganado. Los conflictos tomaron proporciones de guerras internas, ya que la defensa de los bienes exacerbaba la violencia. Así nació un tipo de esclavitud y de servidumbre. Se desarrollaron entonces el espíritu de competencia y la rivalidad. El sistema de *wergeld* entró en juego de manera esporádica.

Entonces aparece el “palabrero”. Su función es evitar reacciones vengativas ciegas que llevan a una guerra total entre linajes, imponer una demora, una reflexión, una posibilidad de cálculo. Pero como él no está dotado de ningún poder de coerción, su papel es limitado y frágil. La opción final reposa enteramente sobre los *alaúla* (“caciques”) de cada uno de los grupos en conflicto, personajes que aparecen a menudo como manipuladores astutos o cínicos calculadores. Cuando los problemas estallan entre linajes desiguales no se consulta a ningún “palabrero”. En nombre de una venganza insaciable, la violencia es ahora directamente aplicada por los más fuertes, en beneficio suyo. Peor aún, las reacciones vengativas espontáneas entre miembros de dos linajes desiguales son sistemáticamente explotadas. La provocación es utilizada para poner en marcha un proceso vengativo por aquél que, en razón de su status dominante, pueda exigir una compensación ventajosa o pensar en anexionar totalmente a hombres y bienes mediante la guerra.

Desde hace unos setenta años, la sociedad wayuu ha venido abriéndose al exterior: la cultura occidental de Venezuela y de Colombia la ha penetrado. Esto ha creado un deslizamiento en el poder tradicional. Los conflictos importantes, las guerras entre linajes, se hacen menos frecuentes debido a la presencia en territorio indígena de los ejércitos nacionales, a la posibilidad de elegir como palabrero a un funcionario de los gobiernos nacionales que hará todo lo que pueda para evitar la venganza física si la disputa puede poner en peligro el orden público, y también a la posibilidad que tiene la gente amenazada de huir hacia las ciudades.

Los bilingües, los mestizos, son los que han salido ganando por este cambio al servir ellos de mediadores entre la sociedad tradicional y las sociedades nacionales y al desviar a su favor las raras medidas destinadas a “mejorar la suerte de los Wayuu”. En caso de conflicto, recurren al sistema tradicional cuando es ventajoso o al sistema occidental cuando les favorece, o incluso a ambos, siguiendo así la tradición según la cual la manera de resolver un conflicto está siempre asociada a la posibilidad de conseguir ganancias económicas y políticas. Pero hoy en día esta actitud se ha generalizado a casi toda la población y, como lo observó Saler, “la elección de la estrategia y de la táctica se ha vuelto un asunto bastante complejo a causa de la intervención posible de funcionarios”, los cuales, paradójicamente, “amenazan a veces con aplicar las leyes nacionales y la correspondiente maquinaria legal a fin de forzar a los Wayuu a que resuelvan sus disputas conforme a su propia tradición del pago compensatorio”.

Los Wayuu están cada día más entre dos mundos. La evolución actual merecería un estudio en sí mismo, pero la movilidad mayor, el desmoronamiento progresivo del sistema de linajes, el surgimiento del narcotráfico, el desarrollo de una violencia y delincuencia juvenil influyen claramente en el desarrollo de los conflictos y sobre su misma naturaleza. Si bien la violencia sigue endémica, se están hundiendo lentamente en el pasado la "ley wayuu" y su alternativa, la guerra, la cual fue también parte de la tradición.

Abstract

Fieldwork conducted among the Wayuu (Guajiro) community (Venezuela and Colombia) and the examination of cases described by several authors show that there are a significant number of cases in which "war" between matrilineages is adopted as the mechanism for dispute resolution.

This is most likely to occur when, given the disproportion of forces between the families of the victim and victimiser, the former attempts to gain economic advantage through depredation. These alternative responses are linked to the changing conditions in terms of available wealth.

Resumen

Trabajo de campo realizado entre los Wayuu de Venezuela y Colombia, y el examen de casos descritos por varios autores, muestran que hay un número significativo de casos en los que se adopta "la guerra" entre matrilineajes como mecanismo para la resolución de conflictos. Esto ocurre con mayor probabilidad cuando hay una desproporción de fuerzas entre las familias de la víctima y del victimario, tratando aquéllos de sacar un provecho económico por medio de la depredación. Las respuestas alternativas están ligadas a las condiciones variables de riquezas disponibles.

Centre National de la Recherche Scientifique
Laboratoire d' Anthropologie Sociale
Collège de France, Paris, France
E-mail: mperrin@u-clermont1.fr
